

ESTELLE MASKAME

LOVE ▶ NEED ▶ MISS

*miss*

*you*

*Deja que tu  
corazón decida*

CROSS  
BOOKS

ESTELLE MASKAME

LOVE › NEED › MISS

*miss*  
**you**

CROSS  
BOOKS

Crossbooks  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Did I Mention I Miss You*  
© de la traducción: Silvia Cuevas Morales, 2016  
© del texto: Estelle Maskame, 2016  
© Editorial Planeta S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: octubre de 2016  
ISBN: 978-84-08-14999-6  
Depósito legal: B. 16.939-2016  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

El agua está fría, sin embargo, eso no impide que me meta en ella, solo hasta cubrirme los tobillos. Llevo las Converse en la mano, los cordones están atados alrededor de mis dedos, y el viento se está levantando, como siempre. Está demasiado oscuro para ver por encima de las olas bajas, pero puedo oír cómo el agua rompe y hace remolinos a mi alrededor, y casi me olvido de que no estoy sola. También se oye el retumbar de los fuegos artificiales, de las risas y de las voces, de los festejos y la alegría. Dejo de pensar, solo por un segundo, que es el Cuatro de Julio.

Una chica pasa corriendo por mi lado, dentro del agua, interrumpiendo la corriente tranquila y suave. Un chico la persigue. Es probable que sea su novio. Me salpica por accidente cuando pasa rozándome, riéndose a carcajadas antes de alcanzar a la chica y atraerla hacia él. Sin darme cuenta hago rechinar los dientes, mientras aprieto los cordones en mi puño con más fuerza. Ambos tienen más o menos mi edad pero no los conozco de nada. Seguramente han venido de fuera, de alguna ciudad cercana, para cele-

brar el Cuatro de Julio en Santa Mónica. No entiendo por qué. Aquí la fiesta no es nada espectacular. Los fuegos artificiales son ilegales, lo cual constituye la segunda ley más estúpida de la historia, aparte de que sea ilegal servirte gasolina tú mismo en Oregón. Así que no hay fuegos artificiales, solo los que lanzan en Marina del Rey en la zona sur y en Pacific Palisades en el norte, que se ven desde aquí. Ya son más de las nueve, así que ambos espectáculos acaban de comenzar. A lo lejos, los colores iluminan el cielo, pequeños y desenfocados, pero eso es suficiente para satisfacer a turistas y a lugareños.

La pareja ahora se está besando en el agua, en la oscuridad bajo las luces del Pacific Park. Yo aparto la vista. Comienzo a alejarme del muelle, abriéndome paso poco a poco por el océano Pacífico mientras me aílo de todo el jaleo del Cuatro de Julio. Hay mucha más gente en el muelle. La playa no está tan a tope, así que dispongo de espacio para respirar. Este año, sencillamente, no siento toda esa excitación que va ligada al Día de la Independencia. Tengo demasiados recuerdos asociados a él que preferiría olvidar, por lo tanto sigo caminando, más y más lejos, por la costa.

Solo me detengo cuando Rachael grita mi nombre. Hasta ese preciso instante se me había olvidado que estaba esperando a que volviera. Me doy la vuelta en el agua para mirar a mi mejor amiga mientras ella se acerca a mí dando saltitos y casi corriendo por la arena. Lleva un pañuelo con la bandera estadounidense en la cabeza y se aproxima con dos helados. Había desaparecido hace casi quince minutos para ir a comprarlos al Soda Jerks, que, como casi todas las tiendas del muelle, esta noche está abierta hasta más tarde de lo normal.

—He llegado justo cuando estaban cerrando —dice Rachael, casi sin aliento.

Su coleta se mece alrededor de sus hombros cuando se detiene y me pasa el helado, pero no sin antes lamer las gotas que rebosan del vaso y cubren su dedo índice.

Salgo del agua con cuidado para unirme a ella, agradeciéndole el helado con una sonrisa. Llevo toda la noche sin decir una palabra y todavía no logro reunir las fuerzas para fingir que estoy bien, que estoy tan feliz como todos. Así que cojo el helado con mi mano libre, mientras en la otra todavía llevo mis Converse —las deportivas rojas son la única señal de patriotismo que mostraré hoy— y enseguida recorro el helado con la vista. Se llama Carrusel Tobogán, en honor al carrusel del tobogán que hay dentro del hipódromo Looff, en el muelle. La heladería Soda Jerk está en la esquina. Durante las tres semanas que llevo en casa, hemos venido más de una vez. De hecho, creo que últimamente tomamos más helados que café. Es mucho más agradable.

—Están todos en el muelle —me recuerda Rachael—. Tal vez deberíamos ir hacia allí. —Su tono parece prudente cuando lo sugiere, como si estuviera esperando a que yo la corte de inmediato y le diga que no. Baja sus ojos azules hacia su helado, y le da un lametón rápido.

Mientras traga, mis ojos se desvían por encima de su hombro hacia el muelle. La noria Pacific está poniendo en escena el espectáculo de todos los años para celebrar el Cuatro de Julio, en el que miles de puntos LED exhiben secuencias transitorias de luces rojas, azules y blancas. Ha comenzado justo después de que dieran las ocho, con la puesta de sol. Rachael y yo las hemos mirado durante

unos minutos cuando se han encendido, pero enseguida nos ha aburrido. Reprimiendo un suspiro, vuelvo la mirada hacia la pasarela de madera. Está demasiado llena, pero no quiero poner a prueba la paciencia de Rachael más aún, así que le digo que vale.

Nos damos la vuelta y cruzamos la playa, abriéndonos camino entre la gente que está pasando la tarde en la arena, mientras comemos nuestras tarrinas de helado en silencio. Tras unos minutos, me detengo para volver a ponerme las Converse.

—¿Ya has encontrado a Meghan?

Levanto la vista hacia Rachael al tiempo que termino de meterme los cordones.

—No la he visto.

Para ser sincera, no la he buscado. Aunque Meghan es una vieja amiga de ambas, eso es todo lo que parece ser. Nada más que eso. Pero también ha vuelto a casa para pasar el verano, así que Rachael se está esforzando por reunir a nuestro antiguo trío.

—Ya la encontraremos —dice, y entonces cambia inmediatamente de tema y añade—: ¿Te has enterado de que este año la noria está programada para seguir el ritmo de una canción de Daft Punk?

Me adelanta dando saltitos, haciendo piruetas en la arena, y regresa contoneándose a mi lado. Alcanza mi mano libre y tira de mí hacia ella, con una sonrisa amplia y deslumbrante mientras me hace dar vueltas. A regañadientes, bailo un poco a pesar de que no hay música.

—*Otro verano, otro año.*

Me aparto de ella, con cuidado de no derramar mi helado, y la observo. Ella sigue meciéndose, bailando al rit-

mo de la canción que tiene en la cabeza. Cuando cierra los ojos y hace una nueva pirueta, pienso en sus palabras. «Otro verano, otro año.» Este es el cuarto verano que somos mejores amigas, y a pesar de nuestra pequeña pelea del año pasado, seguimos tan unidas como siempre. No estaba segura de si me perdonaría los errores que cometí, pero lo hizo. Los dejó pasar, porque había cosas más importantes en las que centrarse. Como el abastecerme de helados y sacarme a dar paseos por todo el estado para distraerme, para hacerme sentir mejor. Los momentos de desesperación hacen que las buenas amigas sean indispensables. Y sin embargo, a pesar de que tuve que marcharme a Chicago, donde he pasado el año sobreviviendo el primer curso en la universidad, hemos continuado siendo mejores amigas. Ahora que estoy de nuevo en Santa Mónica hasta septiembre, tenemos meses para recuperar el tiempo perdido.

—Todo el mundo te está mirando —le advierto.

Las comisuras de mis labios dibujan una sonrisa mientras sus ojos se abren como platos, las mejillas se le sonrojan cuando mira a su alrededor. Varias personas han presenciado su baile silencioso.

—Toca retirada —susurra.

Me coge por la muñeca y echa a correr. Me arrastra por la playa, levantando mucha arena con los pies; nuestras carcajadas hacen eco a nuestro alrededor y no me deja otra opción que salir tras ella. No corremos mucho: solo unos metros, lo suficiente para alejarnos de sus espectadores.

—En mi defensa —señala entre resuellos— diré que está permitido hacer el idiota el Cuatro de Julio. Es un ri-

tual de paso. Enfatiza el hecho de que esta es una nación libre. Porque podemos hacer lo que nos da la real gana.

Me gustaría que fuese así. Si hay algo que he aprendido en los diecinueve años que llevo respirando, es que claramente no podemos hacer lo que nos dé la real gana. No podemos servirnos gasolina nosotros mismos. No podemos lanzar fuegos artificiales. No podemos tocar el letrero de Hollywood. No podemos entrar en propiedades privadas. No podemos besar a nuestros hermanastros. A ver, por supuesto que podemos hacer todo eso, pero solo si somos lo bastante valientes para enfrentarnos a las consecuencias.

Miro a Rachael y pongo los ojos en blanco mientras subimos los escalones hasta el muelle. La música del Pacific Park va aumentando de volumen conforme nos acercamos. La noria sigue parpadeando: rojo, azul y blanco. El resto del parque de diversiones también está iluminado, pero no de forma tan patriótica. Nos vamos abriendo paso por el aparcamiento superior del muelle, apretujándonos entre los coches, que están demasiado cerca unos de los otros, cuando veo a Jamie. Está con su novia, Jen. Ya llevan saliendo casi dos años. La tiene apretujada contra la puerta del pasajero de un viejo y destartalado Chevy en un rincón alejado del parking. Es obvio que se están dando el lote.

Rachael también parece darse cuenta, porque se detiene a mi lado y contempla la escena.

—He oído que es bastante gamberro —murmura—. Como una versión rubia y en miniatura de su hermano cuando tenía su edad.

Le lanzo una mirada amenazadora a Rachael de mane-

ra casi automática por la mención del hermano de Jamie, que también resulta ser mi hermanastro. No hablamos de él. Jamás pronunciamos su nombre. Ya no. Rachael nota la repentina tensión en mi rostro y la dureza de mi expresión, porque cuando se da cuenta de su error enseguida articula un «perdón» con los labios y luego se cubre la boca con la mano.

Me relajo un poco y vuelvo la vista hacia Jamie y Jen. Estos continúan besándose. Con los ojos en blanco, tiro el resto de mi helado en una papelera y luego me aclaro la garganta y grito:

—¡No te olvides de respirar, Jay!

Rachael se ríe entre dientes y me da una palmada en el hombro. Cuando Jamie levanta la vista, con los ojos brillantes y el pelo alborotado, yo lo saludo con la mano. Al contrario que Jen, que casi se muere de la vergüenza, mi hermanastro solo se cabrea, igual que siempre que intento hablar con él.

—¡Que te den, Eden! —grita desde el otro lado del aparcamiento; su voz grosera retumba entre los coches.

Le coge la mano a Jen, se da la vuelta y la arrastra en la dirección opuesta. Seguramente lleva toda la noche intentando evitar a Ella, porque cuando pretendes darte el lote con tu novia, la última persona a la que quieres encontrarte es tu madre.

—¿Sigue sin dirigirte la palabra? —pregunta Rachael cuando deja de reírse por lo bajo.

Me encojo de hombros y me pongo a caminar otra vez mientras me paso los dedos por las puntas del pelo. La melena me llega un poco más abajo de los hombros. Me lo corté en invierno.

—La semana pasada me pidió que le pasara la sal —digo—. ¿Eso cuenta?

—No.

—Pues entonces todavía no nos hablamos.

A Jamie no le caigo muy bien que digamos. No porque tenga diecisiete años y un pavo impresionante que apareció de la nada el año pasado, sino porque todavía le da un asco terrible la relación que tuve con su hermano mayor. No nos soporta a ninguno de los dos, y aunque he intentado convencerlo un millón de veces de que ya no hay nada por lo que preocuparse, él se niega a creermelo. Por lo general se marcha hecho una furia y da varios portazos. Dejo escapar un suspiro de frustración mientras Rachael y yo nos dirigimos a la pasarela principal, que sigue igual de ajetreteada que hace unas horas. Hay muchas familias con niños y un montón de perros que intentan esquivar la aglomeración de cochecitos de bebé. Hay muchas parejas jóvenes, como la que estaba en la playa. No puedo soportar mirarlos. Sus manos entrelazadas y sus intercambios de sonrisas solo hacen que se me forme un nudo en el estómago. Y no es que sienta mariposas, sino que me duele. Ahora mismo, por ser el día que es y por estar en el lugar que estamos, detesto a todas y cada una de las parejas que veo.

Tras unos minutos Rachael se detiene para hablar con unas chicas que iban con ella a clase en el instituto. Las recuerdo vagamente, las habré visto en la escuela o en el Paseo. No las conozco, pero ellas a mí sí. Ahora todo el mundo me conoce. Yo soy esa. Yo soy esa Eden. Yo soy la chica que recibe miradas de asco, de la que se burlan y de la que se ríen por lo bajo vaya a donde vaya. Y eso es justo lo que está sucediendo ahora. No importa lo mucho que intente

ofrecerles una sonrisa cálida, no me la devuelven. Las dos me disparan miradas duras con el rabillo del ojo e intentan darme la espalda, acercándose más a Rachael para dejarme del todo fuera de la conversación. Aprieto los labios con firmeza y me cruzo de brazos, dándole pataditas a los tablones de la pasarela mientras espero a que mi amiga termine.

En esta situación me encuentro cada vez que vengo a Santa Mónica. A nadie le gusta verme por aquí. Piensan que soy una loca y una rara. Hay algunas excepciones, como mi madre y Rachael, pero poco más. El resto se limita a juzgarme, aunque no conozcan toda la historia. Creo que lo peor fue el año pasado por Acción de Gracias. Fue la primera vez que regresé a casa después de haberme marchado a la universidad en septiembre, y ya se había corrido la voz, y los rumores se extendieron como la pólvora durante el mes que estuve fuera. Así que para entonces, todo el mundo lo sabía. Al principio no entendía lo que estaba sucediendo ni por qué de repente todo había cambiado. No sabía por qué Katy Vance, una chica que iba conmigo a algunas clases en el instituto, bajó la cabeza y se dio la vuelta para evitarme cuando la saludé con la mano. No sabía por qué la dependienta del supermercado se rio cuando se volvió hacia su compañera mientras yo salía de la tienda. No tenía ni idea de por qué estaban sucediendo estas cosas, hasta que el domingo, cuando ya me encontraba en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles esperando a embarcar de vuelta a Chicago, una chica a la que no había visto en mi vida me preguntó en voz baja:

—Tú eres la chica que salía con su hermanastro, ¿no?  
Rachael se queda callada durante un rato. Me echa un

vistazo de vez en cuando, es como si estuviera tratando de descifrar si estoy bien o no, y aunque yo me encojo de hombros con tranquilidad en un intento de convencerla de que no me pasa nada, pone fin a la conversación y les dice a las chicas que nos tenemos que ir, a pesar de que no sea verdad. Por eso quiero tanto a Rachael.

—Solo por eso, no pienso volver a hablar con ellas nunca más —declara cuando las chicas se alejan; su voz es firme.

Tira su helado en una papelería y me coge por el brazo. Me obliga a mirar hacia el Pacific Park con tanta rapidez que casi me provoca un latigazo cervical.

—Sinceramente, ya no me importa —intento decirle. Caminamos sin rumbo entre la muchedumbre, que ya no parece tan densa al estar metidas en ella, y me dejo llevar por la pasarela.

—Ya —responde Rachael con una voz distante, como si no me creyera.

Estoy a punto de defender mi afirmación, de decirle: «No, en serio, estoy bien, todo va bien», cuando algo llama nuestra atención antes de que yo tenga la oportunidad de abrir la boca. Jake Maxwell aparece de la nada y se acerca corriendo hacia nosotras, nos corta el paso y nos para en seco. Es un amigo incluso más antiguo que Meghan; sin embargo, ya hemos hablado con él hace un par de horas, cuando todavía estaba bastante sobrio. Ahora ya no se puede decir lo mismo.

—¡Por fin os encuentro, chicas!

Nos separa los brazos, que estaban entrelazados, nos coge a ambas de la mano y nos planta un beso húmedo en los nudillos.

Jake ha vuelto a casa de Ohio por primera vez, no lo habíamos visto desde hace dos años, y cuando nos topamos con él me sorprendió descubrir que ahora lleva barba y él se sorprendió aún más al descubrir que todavía vivo en Santa Mónica. Por alguna razón tenía la idea de que me había vuelto a mudar a Portland hacía mucho tiempo. Pero dejando de lado la barba y las suposiciones, no ha cambiado. Sigue siendo un ligón y no intenta negarlo. Cuando Rachael le preguntó cómo le iban las cosas, nos contó que no muy bien, porque sus dos novias han roto hace poco con él y todavía no sabe por qué. Yo tengo una teoría.

—¿Dónde consigues la cerveza? —le pregunta Rachael, arrugando la nariz a la vez que retira su mano de la de él. Tiene que alzar la voz para que se la oiga por encima de la música del Pacific Park.

—En casa de TJ —contesta Jake.

Como si no supiéramos dónde está, indica con un movimiento de los ojos por encima de su hombro y señala con el pulgar hacia atrás, hacia la distancia. TJ tiene un apartamento en la avenida delante del mar. Como si pudiera olvidarlo. Mi estómago da una voltereta de solo recordar.

—Me ha enviado para que reuniera a las tropas. ¿Os apuntáis a la fiesta más tarde?

Los ojos se le iluminan al pronunciar la palabra «fiesta», y a mí me cuesta tomarme en serio la camiseta sin mangas que lleva. Tiene la imagen de un águila sobre una bandera estadounidense. Lleva la palabra «LIBERTAD» escrita en mayúsculas sobre las patas del ave. Es muy ridícula, pero no más que el tatuaje temporal de un águila que luce con orgullo en su mejilla izquierda. Estoy empe-

zando a preguntarme si está zumbado por algo más que la cerveza.

—¿Una fiesta? —repite Rachael.

Intercambiamos miradas y de inmediato sé que tiene ganas de ir.

—Sí, sí —dice Jake, su voz rebosante de entusiasmo mientras nos sonrío a través de su barba—. ¡Hay barriles de cerveza y de todo! Va, que es Cuatro de Julio. Es fin de semana. Tenéis que venir. Van todos.

Yo frunzo el ceño.

—¿Todos?

—TJ y compañía, Meghan y Jared ya están allí, Dean va a volver más tarde, creo que Austin Camer...

—Paso.

Jake deja de hablar y su sonrisa se convierte en una mueca de frustración. Mira a Rachael, y por un breve instante estoy convencida de que acaba de poner los ojos en blanco. Cuando sus ojos rojos vuelven a centrarse en mí, me coge con suavidad por los hombros y me sacude un poco.

—Holaaaaaa. —Me mira de forma dramática y finge estudiar cada centímetro de mi cara—. ¿Dónde diablos está Eden? Soy consciente de que no te he visto en muchísimo tiempo, pero seguro que no puedes haberte convertido en un muermo en solo dos años.

Sin verle la gracia, me encojo de hombros para soltarme de sus manos y doy un paso hacia atrás; porque no es un amigo íntimo, ya ni siquiera es un amigo, no veo la necesidad de darle explicaciones. Así que permanezco callada, me miro con fijeza las Converse y espero a que Rachael diga algo y me salve como siempre, porque últimamente

dependo de que Rachael le recuerde a todo el mundo que en realidad nunca salí con mi hermanastro y que nunca lo haré. Dependo de ella para que me rescate de situaciones en las que puedo encontrarme con Dean. Todavía me da demasiada vergüenza enfrentarme a él después de todo lo que pasó, y dudo que él quiera tratar conmigo. Nadie quiere tratar con su exnovia, sobre todo si esta le puso los cuernos.

Como siempre, escucho que Rachael le dice a Jake:

—No tiene por qué ir si no le apetece.

Yo sigo con la vista clavada en mis deportivas, porque cada vez que Rachael me echa una mano, me siento débil y patética.

—No puedes evitarlo siempre —farfulla Jake.

De pronto habla en un tono solemne, y cuando levanto la vista, me doy cuenta de que para él es evidente que no quiero ir a esta fiesta por Dean. No lo puedo negar, así que me limito a encogerme de hombros y me froto la sien. Hay otra razón, por supuesto. La misma por la que se me ha formado un nudo en el estómago. Solo he estado en el apartamento de TJ una vez, hace cuatro veranos. Con mi hermanastro. Precisamente esta noche no me apetece ir allí.

—Vete tú —le digo a Rachael tras un momento de silencio.

Está clarísimo que quiere ir con desesperación a la fiesta, pero sé que lo más probable es que rechace la invitación para no dejarme sola. Las mejores amigas son así. Pero también tienen que ceder a veces, y Rachael ya ha pasado toda la tarde asegurándose de que esté bien en este temido día, así que la verdad es que quiero que se divierta un poco. Después de todo, este año el Cuatro de Julio ha caí-

do en viernes, así que mucha gente está aprovechándolo al máximo y Rachael también debería.

—Iré a buscar a Ella o algo.

—No me importa no ir.

Hasta yo noto que está mintiendo.

—Rachael —digo con firmeza. Señalo con un movimiento de la cabeza hacia el apartamento de TJ—. Vete.

Nerviosa, se aprieta el labio inferior con los dedos y medita durante un breve momento. Esta noche no lleva maquillaje —ya casi nunca se pinta—, así que apenas aparenta diecisiete años, y menos veinte.

—¿Estás segura?

—Claro.

—¡Pues vamos! —explota Jake, quien de nuevo tiene una amplia sonrisa en su cara tatuada, mientras coge la mano de Rachael y tira de ella—. ¡Nos espera una fiesta!

Comienza a arrastrar a mi mejor amiga por la pasarela, alejándola del muelle. Ella logra decirme adiós con la mano justo antes de desaparecer entre la multitud.

Cuando se han marchado, saco el móvil para mirar la hora. Son las nueve y media pasadas. Tanto los fuegos artificiales de Marina del Rey como los de Pacific Palisades han terminado, así que hay mucha gente que ya se está yendo a casa. Busco el número de Ella y la llamo. Por desgracia, mi madre y su novio trabajan esta noche, así que solo mi padre y mi madrastra están aquí en el muelle celebrando el Cuatro de Julio. Ellos se encargarán de llevarme a casa, así que no me queda más remedio que buscarlos. Pero lo que es aún peor es que me toca quedarme en casa de papá esta semana. Esa es la peor parte de tener padres divorciados: que vas de aquí para allá. Odio tener que

quedarme en casa de papá, y él más, sobre todo porque resulta insoportablemente tenso e incómodo. Al igual que Jamie, papá solo me dirige la palabra cuando es del todo necesario.

El teléfono de Ella comunica, así que salta el buzón de voz. No dejo ningún mensaje, solo cuelgo lo más rápido posible. La idea de tener que hablar con papá me da pavor. Miro mi lista de contactos, elijo su número y llamo. Comienza a dar tono y noto que el ceño se me frunce cuando espero que su voz áspera me conteste.

Sin embargo, mientras permanezco con el teléfono pegado a la oreja sobre la pasarela con un montón de gente deambulando a mi alrededor, algo me llama la atención. Se trata de mi hermano menor, Chase. Está merodeando al lado del restaurante Bubba Gump, solo, y no debería. A pesar de eso, no parece preocupado, más bien aburrido al tiempo que pasea de un lado a otro.

Corto la llamada, me meto el móvil en el bolsillo trasero de los pantalones cortos y me dirijo hacia Chase. Me ve mientras me acerco y deja de moverse al momento. Parece algo avergonzado.

—¿Dónde están tus amigos? —le pregunto cuando llego a su lado. Miro a su alrededor, buscando a un grupo de chicos que el curso que viene empezarán el instituto, pero no los veo.

Chase se enrolla un rizo grueso de su pelo rubio en el dedo índice.

—Han cogido el autobús a Venice, pero yo no he ido porque...

—... porque tu madre te ha dicho que no salieras del muelle —termino la frase por él, y asiente con la cabeza.

El círculo de amistades de Chase suele meterse en líos, pero él es lo bastante listo como para saber cuándo no debe saltarse las reglas. Estoy segura de que los padres de sus amigos no quieren que sus hijos se escapen a Venice el Cuatro de Julio. Ahora mismo tiene que haber bastante jaleo, así que me alegro de que Chase haya elegido quedarse atrás.

—¿Quieres que hagamos algo juntos?

—Claro.

Rodeo sus hombros con el brazo, lo alejo del restaurante y nos dirigimos hacia el Pacific Park. A Chase le encantan las salas de juegos, pero cuando apenas nos hemos acercado unos metros a Playland, tengo que detenerme porque suena mi móvil. Saco el teléfono del bolsillo, y al ver que es mi padre, tengo que esperar un segundo para prepararme mentalmente antes de poder contestar.

—¿Qué querías? —Así me saluda, su tono es brusco. Como siempre.

Me alejo un poco de Chase y le doy la espalda, me acerco más el teléfono a la oreja y le digo:

—Nada. Solo quería saber dónde estabais.

—Estamos en el coche —dispara papá con rapidez, como si esperara que yo ya lo supiera—. Date prisa y ven, si no quieres tener que pedirle a tu hermano que te lleve a casa, aunque supongo que se negará.

Al oír eso, cuelgo enseguida sin decir nada más. La mayoría de mis conversaciones por teléfono con papá terminan así, con uno de los dos cortando a media frase, y cuando hablamos cara a cara uno de nosotros siempre sale echando chispas. Aunque suelo ser yo la que cuelga. Papá es el que se marcha hecho una furia.

—¿Quién era? —pregunta Chase cuando me doy la vuelta.

—Nos vamos a casa —le respondo, evitando la pregunta.

Chase sabe muy bien que papá y yo no nos soportamos, pero resulta más fácil mantener la tensión al mínimo evitando tratar el tema con el resto de la familia. O eso a lo que llamamos «familia». Le paso la mano por encima del hombro a Chase y le doy la vuelta otra vez, en esta ocasión dando la espalda al Pacific Park y de vuelta a la ciudad.

—Nos quedamos sin juegos.

Chase se encoge de hombros bajo mi brazo.

—Ya he ganado un montón de vales antes.

—¿Cuántos?

Sonríe algo sobrado, y se da una palmadita en los bolsillos traseros de sus pantalones cortos. Los dos están repletos de vales amarillos.

—Más de setecientos.

—No me digas. ¿Para qué los guardas?

—Estoy intentando llegar a dos mil.

Hablamos de los juegos y de los vales y de la noria Pacific y de los fuegos artificiales y de Venice mientras caminamos por la pasarela hacia la avenida Ocean, volviendo sobre nuestros pasos hacia el coche. Aparcar un Cuatro de Julio siempre es una locura, y tras pasar un par de minutos discutiendo con Chase sobre dónde ha aparcado papá el coche, me doy cuenta de que la que está equivocada soy yo. No ha ido al norte de la autopista como pensaba, sino al sur, en la esquina del bulevar Pico con la calle Tercera. Queda a un kilómetro más o menos, así que nos damos bastante prisa. A papá no le gusta que lo hagan esperar. Ni un pelo.

El Lexus está encajado a presión contra la acera entre dos coches cuando llegamos diez minutos más tarde, y para mi sorpresa, papá está de pie fuera del coche. Tiene los brazos cruzados, y da golpecitos con el pie en el suelo como muestra de impaciencia, con la misma cara de asco de siempre.

—Ah, qué bien, has encontrado a tu hermano —dice con brusquedad, poniendo énfasis en la última palabra.

Ahora Jamie y Chase jamás son simplemente Jamie y Chase. Durante todo el año pasado, papá siempre se ha referido a ellos como mis hermanos, como si quisiera demostrar algo. Jamie lo detesta tanto como yo, pero me parece que Chase no se ha dado ni cuenta.

Mantengo la calma y en vez de cabrearme con papá por su tono despectivo, echo un vistazo por encima de mi hombro, posando la mirada sobre Ella. Está en el asiento del pasajero, de espaldas a la ventanilla, pero veo que tiene el teléfono en la oreja. Casi con seguridad sigue atendiendo la misma llamada con la que estaba ocupada antes. Vuelvo a mirar a papá.

—¿Trabajo?

—Sí.

Se agacha y golpea la ventanilla con los nudillos, con dureza y rapidez, asustando a su mujer hasta el punto de que casi se le cae el teléfono de la mano. Ella se da la vuelta en su asiento y mira a papá a través del cristal, él mueve la cabeza señalándonos a Chase y a mí. Ella asiente con otro movimiento de cabeza, se pone el teléfono de nuevo en la oreja, murmura algo y luego cuelga. Entonces papá nos ordena que nos subamos al coche.

Chase y yo trepamos al asiento de atrás, nos ponemos

los cinturones mientras papá se coloca en el asiento del conductor y me lanza una mirada fulminante por el retrovisor. Lo ignoro. Cuando arranca, Ella tuerce el cuello para observarnos por encima del hombro.

—¿No te apetece quedarte hasta más tarde? —me pregunta, con el pelo rubio enmarcándole el rostro.

Son casi las diez, así que no estoy segura de qué esperaba que hiciera. Lo último que quería era ir a la fiesta en casa de TJ, así que me parece un planazo irme a casa.

—La verdad es que no —le confieso. No menciono la fiesta. Tampoco el hecho de que toda la noche ha sido un asco.

—¿Y tú qué, colega? —interrumpe papá, señalando con la cabeza a Chase por el espejo retrovisor—. Creía que la madre de Gregg iba a llevaros a casa más tarde.

Chase deja de escribir un mensaje de texto para levantar la vista. Me echa una mirada de reojo, así que me devano los sesos un segundo antes de contestarle a papá:

—No se encontraba muy bien, así que le he dicho que se viniera a casa con nosotros. —Para que parezca convincente, miro a Chase como si estuviera preocupada y le pregunto—: ¿Cómo estás ahora?

—Mejor —responde Chase siguiéndome la corriente, mientras se lleva el dorso de la mano a la frente y la frota para aliviar el dolor imaginario—. Creo que la noria Pacific me ha provocado una migraña, pero ahora estoy estupidamente. ¿Podemos parar a por hamburguesas para cenar? Por favor, papá. Me estoy muriendo de hambre. No querrás que me desmaye, ¿verdad?

Ella pone los ojos en blanco y se vuelve de nuevo en su asiento. Papá solo dice:

—Me lo pensaré.

Sin que ninguno de ellos nos preste demasiada atención, cierro el puño y lo coloco en el asiento de en medio. De inmediato, él choca su puño con el mío, y nos sonreímos sin que se note demasiado. Si papá supiera los líos en los que los amigos de Chase se meten, mi hermanastro jamás volvería a tener permiso para verlos. Es mejor no mencionarlo nunca, aunque Chase siempre hace lo correcto.

Al final, de camino a casa, terminamos comprando la cena en la ventanilla de autoservicio del restaurante Wendy's del bulevar Lincoln. Papá y Chase piden hamburguesas, y yo un batido de vainilla. Grande. Paso el resto del trayecto hacia casa bebiéndolo mientras miro por la ventanilla hacia el cielo oscuro, escuchando a papá y a Ella hablar de la música de los ochenta que han puesto de fondo. Se preguntan si Jamie volverá a casa antes de su hora, a medianoche. Papá cree que se retrasará una hora.

Llegamos a la avenida Deidre en diez minutos, dado que el tráfico no es muy denso, y papá aparca en la entrada para coches junto al Range Rover de Ella. Con el vaso vacío en la mano, abro la puerta de un empujón y me apeo cuando mi padre ya ha apagado el motor. Estoy a punto de dirigirme a la puerta de casa, pero entonces Ella me llama por encima del techo del Lexus.

—¿Me puedes ayudar a sacar unas compras que he metido antes en el maletero? —pregunta con voz firme, y señala con la cabeza hacia el Range Rover.

Ya que Ella me cae bien, me dirijo hacia su coche sin pensarlo dos veces. Me sigue mientras revuelve en su bolso buscando las llaves, y cuando las encuentra, abre el maletero.

Miro hacia abajo, lista para coger un montón de bolsas del supermercado, pero me quedo perpleja al descubrir que el maletero está vacío. Me pregunto si Ella ha sufrido una amnesia repentina, enarco una ceja y la miro. De repente sus ojos están muy abiertos y parecen recelosos al mirar a hurtadillas cómo papá y Chase entran en casa. En cuanto desaparecen de nuestra vista, me clava la mirada.

—Ha llamado Tyler —suelta.

Doy un paso hacia atrás, a la defensiva. Su nombre suena como un disparo. Por eso ya nunca lo pronuncio, por eso ya no lo quiero oír. Siempre me duele demasiado. Siento que se me cierra la garganta, me olvido de respirar, y un escalofrío me recorre el cuerpo. La llamada de antes no era del trabajo: era Tyler. Suele llamar a su madre más o menos una vez por semana, y yo lo sé perfectamente. Hace varios meses también comenzó a llamarme a mí, pero todavía no le he contestado. Ella, por su parte, espera sus llamadas como agua de mayo, pero jamás nos las menciona. Hasta ahora.

Ella traga saliva y vuelve a echar un vistazo a la casa antes de hablar, temerosa de que papá la oiga. Nadie tiene permiso para mencionar el nombre de Tyler cuando estoy cerca. Órdenes estrictas de papá, por supuesto, y creo que es lo único en lo que estamos de acuerdo. Sin embargo, Ella me mira con ojos tristes mientras me dice en voz baja:

—Me ha pedido que te deseara un feliz Cuatro de Julio.

La ironía casi hace que estalle en carcajadas, pero me enfurece tanto que me resulta imposible encontrarlo divertido. El Cuatro de Julio, hace tres años, Tyler y yo estábamos en los pasillos de la Escuela Secundaria de Culver

City durante el espectáculo de fuegos artificiales. Fue allí donde empezó todo este desastre. Entonces me di cuenta de que estaba mirando a mi hermanastro como no debía. Esa noche nos arrestaron por allanamiento. El Cuatro de Julio, el año pasado, Tyler y yo ni siquiera estuvimos en ningún espectáculo de fuegos artificiales. Estábamos en su apartamento en Nueva York, solos en la oscuridad mientras la lluvia empapaba la ciudad. Citó un pasaje de la Biblia. Escribió sobre mi cuerpo, dijo que le pertenecía. Eso fue entonces. Esto es ahora. El desearme un feliz Cuatro de Julio esta noche es casi una broma de mal gusto. Llevo un año sin verlo. Se marchó y me dejó cuando más lo necesitaba a mi lado. Ya no soy suya, así que ¿cómo se atreve a desearme un feliz Cuatro de Julio cuando no está aquí para pasarlo conmigo?

Mientras mi mente intenta procesar toda la información, siento que me voy enfadando. Ella espera que yo conteste algo, así que, antes de darme la vuelta y salir hacia la casa hecha una furia, levanto la mano y cierro el maletero de golpe.

—Dile a Tyler que nada más lejos de la realidad.